DIOS CONTRA EL PECADO Y A FAVOR DEL PECADOR

En esta meditación trataré de desarrollar esta sencilla afirmación: «Dios está contra el pecado y a favor del pecador». Es una afirmación que desarma tanto la pedagogía del miedo, que imperó durante lustros, como la pedagogía del buenísimo que se practica en estos momentos. En la cultura plural, compleja y secular de hoy día, conviene ahondar en cómo el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo lucha contra el pecado, para liberar a la humanidad de la esclavitud del pecado. Meditemos, una vez más, las palabras de Jesús a los judíos que habían creído en él.

> Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Le replicaron: «Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. (Jn 8, 31-35)

Esta afirmación de Jesús pone de manifiesto la esperanza de la fe, al tiempo que desenmascara ciertas afirmaciones provenientes de diferentes ideologías, que buscan de alguna manera disculpar el pecado del pecador. Así se habla, con cierta frivolidad, como si el pecado fuera de lo más humano.

La Biblia, a mi modo de ver, enseña lo contrario. En efecto, Dios creó al hombre bueno y para el bien. Para ello lo bendijo. Además, es interesante notar que el hombre puede resistir el pecado. El Señor dice a Caín antes de asesinar a su hermano Abel: «¿Por qué te enfureces y andas abatido? ¿No estarías animado si obraras bien?; pero, si no obras bien, el pecado acecha a la puerta y te codicia, aunque tú podrás dominarlo». (Gen 4, 6-7) Dios alerta y recuerda al hombre caído que puede dominar la codicia del pecado, que busca dominarlo. Adán y Eva pudieron elegir. El pecado es lo menos humano que hay. Dios creó al ser humano para la vida en libertad. El pecado busca esclavizarlo. El pecado impide el proyecto de Dios sobre el hombre. El pecado quiebra la comunión y la amistad.

En la Biblia se usan muchos términos para expresar la naturaleza y malicia del pecado con relación a Dios, los demás y lo creado. El pecado socava desde dentro las relaciones justas del ser humano con Dios, con los demás, lo creado y consigo mismo. De ser libre, el hombre se hace esclavo del pecado. La Escritura, en referencia a nuestra relación con Dios, habla del pecado con términos variados: falta, iniquidad, rebelión, injusticia, desobediencia, deuda, hacer lo malo a los ojos de Dios… etc. Al justo se opone el malo.

La historia de la salvación revela sin cesar la lucha de Dios por liberar al hombre de la esclavitud a la que lo conduce el pecado. Dios alertó a Adán y Eva que el pecado conducía a la muerte. «El Señor Dios dio este mandato al hombre: «Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y el mal no comerás, porque el día en que comas de él, tendrás que morir». (Gen 2, 16-17) El ser humano no debe ignorarlo, como sucede frecuentemente. Eva era consciente de ello, como consta por su respuesta a la falaz propuesta de la serpiente: «Podemos comer los frutos de los árboles del jardín; pero del fruto del árbol que está en mitad del jardín nos ha dicho Dios: "No comáis de él ni lo toquéis, de lo contrario moriréis"». (3, 3) Es evidente que los primeros perjudicados del pecado, son los pecadores. Estaba anunciado, el pecado desencadenaría su muerte. Y la muerte consiste, en última instancia, en cortarse de la fuente de la vida, el Dios Santo e inmortal. El refrán popular afirma: «En el pecado está la penitencia.»

Adán y Eva prefirieron la belleza del fruto y la inteligencia que les daba el árbol prohibido, al Señor creador de todo. Su desobediencia condicionó el devenir de la humanidad. Y el hombre inició un camino rudo. No obstante, Dios no maldijo al hombre, ni le retiró la bendición. Más todavía Dios le hizo una promesa de

victoria. Tras maldecir a la serpiente, le dijo: «pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza cuando tú la hieras en el talón.» (Gen 3, 15) Y con suma delicadeza y ternura confeccionó para Adán y Eva túnicas de piel, pues estos al verse desnudos, sintieron vergüenza y trataban esconderse de Dios.

Que Dios está contra el pecado es una constatación que atraviesa toda la Biblia, toda la historia de la salvación. El Dios tres veces santo y el pecado son incompatibles. En este sentido, conviene detenerse un momento en el relato de la vocación del profeta Isaías.

> El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo. Junto a él estaban los serafines, cada uno con seis alas: con dos alas se cubrían el rostro, con dos el cuerpo, con dos volaban, y se gritaban uno a otro diciendo: «¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria!». Temblaban las jambas y los umbrales al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo. Yo dije: «¡Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de gente de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Señor del universo». Uno de los seres de fuego voló hacia mí con un ascua en la mano, que había tomado del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca y me dijo: «Al tocar esto tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado». Entonces escuché la voz del Señor, que decía: «¿A quién enviaré? ¿Y quién irá por nosotros?». Contesté: «Aquí estoy, mándame». (Is 6, 1-8)

Ante la santidad de Dios, el profeta toma conciencia de su propia situación de pecador en medio de un pueblo pecador. La visión del tres veces Santo angustia de tal manera a Isaías que se siente perdido. Entiende que no puede sobrevivir a la visión del Dios Santo. Pero uno de los «seres de fuego», enviado éste, con un ascua abrasadora en la mano, purifica los labios de Isaías. Y así, purificado de su culpa, acontece un diálogo entre «el tres veces santo» y el profeta. La culpa del profeta desaparece por la acción divina. Su pecado está perdonado. Ahora se realiza el diálogo entre la libertad soberana de Dios y la libertad recreada del profeta. Dios interroga y el hombre se ofrece libre y responsablemente, para llevar a cabo el designio divino. Es la vocación y misión del profeta.

Cierto la santidad de Dios y el pecado son incompatibles. No obstante Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Esto es preciso tenerlo muy presente, para comprender el sentido del perdón y la reconciliación, así como también el juicio de Dios. Él es justo, fiel y misericordioso. La víctima principal del pecado es el propio pecador.

Estoy hablando de pecado y pecador, pero cabe preguntarse si existe en la sociedad secular una verdadera y justa conciencia de pecado. Pío XII alertó a la Iglesia con estas palabras: «El pecado del siglo es la pérdida del sentido de pecado»; y Pablo VI señaló: «El pecado actualmente es una palabra silenciada». En la sociedad secular se persigue el delito y se ignora el pecado. El pecado se sitúa en la relación de la persona con Dios que acontece a través de la relación con uno mismo, con los demás y con lo creado.

En la antropología de corte jurídico se pierde de vista la dimensión trascendente de la persona. Por ello se habla de delito y no de pecado. Y esta es una gran cuestión en nuestros días, como lo fue en otros tiempos. Pongamos un sencillo ejemplo. El aborto para la Iglesia es pecado. La vida es don de Dios y el hombre no puede disponer de ella. En la sociedad hoy deja de ser delito por decisión de los legisladores.

Puesto que el pecado hace referencia a Dios, la verdadera fuente de la moral, la pérdida del sentido de pecado va ligada a la perdida del sentido de Dios. Surge así una cuestión para los discípulos del Evangelio: el pecado no puede ser una cuestión meramente subjetiva. El pecado tiene su «objetividad» y debemos desentrañar su sentido a la luz de la revelación divina. Pensemos en el drama de eutanasia y de tantas cuestiones que agitan la cultura y las culturas de la sociedad. Se persigue el delito y se ignora el pecado. La sociedad busca chivos expiatorios sobre los que cargar su irresponsabilidad. La culpa es del sistema. Nos cuesta asumir el pecado, esto es, vivir ante Dios y en su dependencia. Por ello se multiplican las leyes. Hay que delimitar lo que es delito y su castigo; pero se ignora el pecado. El ciudadano es responsable ante los

diferentes tribunales civiles o religiosos. Se vive como si Dios no existiera. Las terapias de ciertas corrientes sicológicas parecen tener como objetivo principal la autoafirmación, olvidando que la persona se realiza en relación con lo creado, los demás y el Señor. ¿Dónde queda la trascendencia de la persona?

La pérdida del justo sentido del pecado nos hace menos «sabios», libres y responsables. Las leyes dadas por las mayorías democráticas y la educación en valores pueden ayudar; pero también se convierten en un espejismo, si no traducen la verdadera sabiduría proveniente de Dios, tal como se ha revelado en la Pascua de Jesucristo.

La historia de la salvación narra cómo por el pecado entró la muerte en el mundo y cómo por la muerte del Hijo enviado en la carne, Dios ofreció la salvación a la humanidad. Pablo dijo con frase lapidaria: «la ley ha intervenido para que abundara el delito; pero, donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, para que, lo mismo que reinó el pecado a través de la muerte, así también reinara la gracia por la justicia para la vida eterna, por Jesucristo, nuestro Señor.» (Rom 5, 20-21) Dios, en efecto, está contra el pecado, pero con su gracia salva al pecador y le ofrece la vida eterna. Esta es la verdadera paradoja divina, que estamos llamados a contemplar, meditar y testimoniar. Es el camino de la sabiduría y del poder de nuestro Dios y Salvador. Estamos en la fe y no podemos quedarnos en la simple perspectiva de la ética o de una cierta moral religiosa.

Los «medios de comunicación» hablan de error, fallo, corrupción, delito, crimen, frustración… etc., pero elude el término pecado en el sentido bíblico. Por ello «un cierto humanismo» entiende que el ser humano puede por sí mismo regenerarse. Así se pierde la conciencia de ser salvado por la cruz de nuestro Señor, Jesucristo. Estamos ante un humanismo al margen de Dios. Nuestra predicación pierde la perspectiva y dinámica propias del kerigma, tal como señala Pablo en la primera carta a los corintios. «Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, en el que además estáis fundados, y que os está salvando, si os mantenéis en la palabra que os anunciamos; de lo contrario, creísteis en vano. Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras». (1Cor 15, 1ss) En este marco, propongo unos sencillos puntos para meditar y contemplar cómo estar con el Señor contra el pecado y a favor del pecador.

I.- EL PECADO Y LOS PECADOS.

La Biblia narra, ante todo, la historia del Dios creador y salvador con la humanidad, en particular, con su pueblo elegido, llamado a ser «bendición» para las familias de la tierra.

La historia de la salvación es una historia dramática. Desde el Jardín del Edén, en que fueron colocados y bendecidos Adán y Eva, la justa relación entre el Creador y la criatura se vio resquebrajada por la forma en que la criatura ejerció «su vocación» a la libertad.

Recordemos. Dios, a diferencia de los dioses míticos (estos son creación de los hombres) que hicieron a hombres para que les sirvieran, creó al ser humano en libertad y para la libertad. El límite que el Señor puso a Adán y Eva es la expresión de que el ser humano puede determinar su futuro, esto es, elegir entre la vida y la muerte. El ser humano no viene a la historia codificado, como ocurre con los demás seres vivientes de la tierra. Sólo al hombre modelado de la tierra y vivificado por el aliento vital de Dios, como leemos en el segundo relato de la creación, se le dirige la palabra y se le permite decidir sobre el futuro.

El Señor, fiel y consecuente con su designio, jamás retirará su libertad al hombre, creado a su imagen y semejanza. Sin libertad, el ser humano deja de ser tal. Algunos parecen ignorar esta verdad y les gustaría que estuviéramos codificados como los animales. Creado para la libertad y para cultivar lo creado, el hombre es un ser cultural y, por tanto, co-creador y responsable de su propio destino. Sin libertad no hay pecado.

El ser humano fue creado bueno, capaz de elegir el bien. Modelado del polvo de la tierra, Dios insufló en él su aliento de vida y lo bendijo. Lo asoció como lugarteniente a su obra creadora. Así se comprende que toda persona, en lo más profundo de su ser, quiere y busca el bien; aún cuando yerre en la comprensión que se haga en su interior sobre el bien y la forma de alcanzarlo en la historia. No obstante, en lo más profundo de su corazón sigue resonando la palabra del Señor. ¡***No seamos pesimistas***! De esta verdad se hacía eco el concilio Vaticano II cuando afirma: «debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual.» (GS 22)

Esta historia dramática de Dios con su criatura alcanza su cima en el envío de su Hijo en una carne semejante a la nuestra. (cf. Rom 8, 1ss) En efecto, el Padre lo envió para recrearnos en nuestra vocación a la libertad. El apóstol Pablo lo recordaba así a los gálatas: «Para la libertad nos ha liberado Cristo…Hermanos, habéis sido llamados a la libertad; ahora bien, no utilicéis la libertad como estímulo para la carne; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor.» (Gal 5, 1.13)

Jesús, dirigiéndose a los judíos que habían creído en él, enseñaba que la raíz de la esclavitud de halla en el pecado, esto es, en el hecho de no avanzar de acuerdo con la verdad proveniente de Dios. La verdad de Dios libera, para la libertad. La mentira del príncipe de este mundo esclaviza. Así lo afirma el Señor en un texto que nos conviene releer con frecuencia.

> Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Le replicaron: «Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: "Seréis libres"?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. (Jn 8, 31-36)

¿En qué consiste el pecado, que lleva a la esclavitud? Jesús decía un poco antes a sus interlocutores, hablando en nombre de su Padre: «Con razón os he dicho que moriréis en vuestros pecados: pues, si no creéis que "Yo soy", moriréis en vuestros pecados». (8, 24)

El evangelista Juan y el apóstol Pablo hablan del «pecado» y «los pecados». El Hijo fue enviado por el Padre, para liberarnos del poder del pecado y también de nuestros pecados. Por ello conviene comprender el sentido del pecado y de los pecados a la luz de la Pascua del Hijo.

La fea apostólica, en efecto, distingue entre «el pecado» y «los pecados», es decir, los actos pecaminosos: faltas, caídas, transgresiones, ofensas, desobediencias, sin que ello disminuya su gravedad, como atestigua Pablo. «Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, discordia, envidia, cólera, ambiciones, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, orgías y cosas por el estilo. Y os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen estas cosas no heredarán el reino de Dios.» (Gal 5, 19-21)

«El pecado» se presenta como una fuerza hostil a Dios y su reino, que conduce a la muerte y la esclavitud. Ya sabemos cómo en el libro del Génesis, Dios dice que el pecado está a la puerta, pero que el hombre puede resistirlo, como acabo de indicar. Pablo, compartiendo su experiencia, afirma que «el pecado» habita en él.

> Pues sabemos que la ley es espiritual, mientras que yo soy carnal, ***vendido al poder del pecado***. En efecto, no entiendo mi comportamiento, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco; y si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con que la ley es buena. Ahora bien, ***no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí***. Pues sé que lo bueno no habita en mí, es decir, en mi carne; en efecto, querer está a mi alcance, pero hacer lo bueno, no. Pues no hago lo bueno que deseo, sino que obro lo malo que no deseo. Y si lo que no deseo es precisamente lo que hago, no soy yo el que lo realiza, sino ***el pecado que habita en mí.*** Así, pues, descubro la siguiente ley: yo quiero hacer lo bueno, pero lo que está a mi alcance es hacer el mal. En efecto, según el hombre interior, me complazco en la ley de Dios; pero

> percibo en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi razón, y me hace prisionero de la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor! Así pues, yo mismo sirvo con la razón a la ley de Dios y con la carne a la ley del pecado. (Rom 7, 14-25)

La fuerza hostil a Dios, según el apóstol, se halla presente en el interior del hombre. De ahí el drama interior de la persona. El trigo y la cizaña crecen juntos en el corazón del hombre. Este se encuentra como vendido al poder del pecado. La lucha con el poder del pecado acontece en el corazón de la persona.

Pablo muestra así que el ser humano no puede salvarse por sí mismo. Es el poder del Señor el que lo salva y capacita para que salga vencedor en la lucha contra el pecado que lo asedia (cf. Heb 12, 1ss). Con la gracia de Dios podemos vencer. Pablo no es pesimista, pero alerta del camino que estamos llamados a recorrer. Por el bautismo somos nueva criatura y se nos da posibilidad de vencer el poder de la mentira. La verdad es más fuerte que la mentira. Es en el Espíritu de la verdad que vencemos la mentira del príncipe de este mundo.

En esta lógica, la primera carta de Juan, insistiendo en la confianza que los pecadores debemos tener en el don de la salvación divina, enseña cómo el Señor escucha la oración por los hermanos pecadores. El mundo está como sometido al poder del Maligno. El que ha nacido de Dios no peca y el Hijo lo guarda del Maligno. En ese contexto, la carta hace una distinción entre «un pecado que es de muerte», por el que dice que no manda pedir, y los pecados que no son de muerte. Escuchemos este texto, con el que se cierra la carta apostólica.

> En esto consiste la confianza que tenemos en él: en que, si le pedimos algo según su voluntad, nos escucha. Y si sabemos que nos escucha en lo que le pedimos, sabemos que tenemos conseguido lo que le hayamos pedido. Si alguno ve que su hermano comete un pecado que no es de muerte, pida y Dios le dará vida —a los que cometan pecados que no son de muerte, pues hay un pecado que es de muerte, por el cual no digo que pida—. Toda injusticia es pecado, pero hay pecado que no es de muerte. Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no peca, sino que el Engendrado de Dios lo guarda, y el Maligno no llega a tocarlo. Sabemos que somos de Dios, y que el mundo entero yace en poder del Maligno. Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero. Nosotros estamos en el Verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna. Hijos míos, guardaos de los ídolos. (1Jn 5, 14-21)

Las interpretaciones de este texto son complejas y múltiples. No es el momento para entrar en ellas, pero sí puede ser interesante releer el texto desde lo que el Señor dijo al profeta Jeremías, lamentándose de la situación de rebeldía y desobediencia del pueblo de la alianza.

> Me dijo el Señor: —No intercedas a favor de este pueblo. Aunque ayunen, no pienso escuchar sus gritos. Aunque presenten holocaustos y ofrendas, no pienso complacerme en ellos. Voy a acabar con ellos mediante la espada, el hambre y la peste. Respondí yo: —¡Ay, Señor! Es que los profetas les dicen: «No veréis la espada ni pasaréis hambre. Os concederé permanente seguridad en este lugar». El Señor me contestó: —Esos profetas se valen de mi nombre para profetizar mentiras. Ni los he enviado, ni les he encargado nada; ni siquiera les he hablado. Os transmiten como profecía visiones falsas, oráculos vacíos y fantasías de su mente. Por tanto, esto dice el Señor a los profetas que profetizan en mi nombre sin que yo los haya enviado, a esos que dicen que no habrá espada ni hambre en este país: «Esos profetas serán consumidos por la espada y por el hambre». Y el pueblo al que profetizan aparecerá tirado por las calles de Jerusalén, víctima del hambre y de la espada. No serán enterrados, ni sus mujeres, hijos e hijas. Haré que recaiga sobre ellos su propia maldad. (Jer 14, 11-16)

Es como si el Señor dijera al profeta: no escucharé tu oración para sostener el pecado de los que utilizan mi nombre para hundir más en la tiniebla y la maldad al pueblo.

El pecado que conduce a la muerte es el que busca apartarnos de la verdad de la salvación de Dios y de la necesidad que tenemos de su perdón. «Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros. Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no solo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.». (cf. 1Jn 1, 10-2, 2)

El drama está en que el hombre. Este, en lugar de entregarse a la verdad del amor divino, justo y misericordioso, tiende a esconderse de Dios, como lo hicieran nuestros padres en el Edén. Así lo denuncia el Evangelista.

> Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios». (Jn 3, 17-21)

Jesús enseña: quien comete el pecado y rechaza la verdad y la luz, se hace esclavo del pecado (cf. Jn 8, 34). Él fue enviado para liberarnos del poder del pecado. Ahora bien, el que se deja conducir por el poder satánico del pecado, termina siendo un homicida como lo fue Caín. En medio del drama, el creyente, no obstante, debe confiar plenamente en el poder de la gracia. Como ya recordé, donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia.

Conviene insistir en esto. Dios obtiene la victoria sobre el poder del pecado, tal es la paradoja divina, sirviéndose del mismo pecado. Así se revela de forma luminosa en la Pascua del Hijo. Es el triunfo de la verdad del amor divino sobre la mentira y el odio del príncipe de este mundo. Dios ha mostrado su poder y sabiduría en «el logos de la cruz». La carta a los romanos enseña cómo el rechazo de Israel ha contribuido a la evangelización de los paganos (cf. Rom 9-11).

La cruz de Jesús es la expresión de la injusticia humana más evidente y de la vitoria más sublime de la justicia divina, esto es, de Dios que es amor. El muro de la enemistad irreconciliable es abatido y el hombre nuevo es creado en el Crucificado exaltado sobre todo nombre. Dirigiéndose a una comunidad compuesta por judíos y gentiles (justos y pecadores en la perspectiva judía), Pablo afirma:

> Por tanto, vosotros, los que un tiempo erais gentiles según la carne, llamados incircuncisos por los que se llamaban circuncisos en razón de una operación practicada en la carne, recordad que entonces vivíais sin Cristo: extranjeros a la ciudadanía de Israel, ajenos a las alianzas y sus promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad. Él ha abolido la ley con sus mandamientos y decretos, para crear, de los dos, en sí mismo, un único hombre nuevo, haciendo las paces. Reconcilió con Dios a los dos, uniéndolos en un solo cuerpo mediante la cruz, dando muerte, en él, a la hostilidad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros los de lejos, paz también a los de cerca. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre por medio de él en un mismo Espíritu. Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios. Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros entráis con ellos en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu. (Ef 2, 11-22)

II.- JESÚS Y LOS PECADORES

Los evangelistas narran cómo Jesús escandalizó a los judíos piadosos de su tiempo, por el hecho de comer con pecadores públicos. Jesús trasgredía los principios religiosos de aquellos observantes judíos de la ley mosaica. Ante las críticas, el de Nazaret insistía que había venido a llamar y salvar a los pecadores.

Esto no le impedía denunciar el pecado y convocar a todos, buenos y malos, a la conversión. San Marcos sintetiza la predicación del Mesías con estas palabras: «Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio». (Mc 1, 14-15) Jesús siempre rechazó el pecado, pero siempre buscó salvar e integrar al pecador. Meditemos en este sentido algunos pasajes evangélicos.

Veamos en primer lugar cómo Jesús se sitúa ante dos recaudadores de los impuestos que pesaban sobre Israel bajo el poder del imperio romano. Entra en la casa de estos y come con ellos. Los buenos murmuran. Escándalo. Jesús, lejos de arrugarse, explica y defiende su actitud y fidelidad al que lo ha enviado.

> Salió de nuevo a la orilla del mar; toda la gente acudía a él y les enseñaba. Al pasar vio a Leví, el de Alfeo, sentado al mostrador de los impuestos, y le dice: «Sígueme». Se levantó y lo siguió. Sucedió que, mientras estaba él sentado a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores se sentaban con Jesús y sus discípulos, pues eran ya muchos los que lo seguían. Los escribas de los fariseos, al ver que comía con pecadores y publicanos, decían a sus discípulos: «¿Por qué come con publicanos y pecadores?». Jesús lo oyó y les dijo: «No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores». (Mc 2, 13-17)

> Entró en Jericó e iba atravesando la ciudad. En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí. Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo: «Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa». Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento. Al ver esto, todos murmuraban diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador». Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor: «Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces más». Jesús le dijo: «Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido». (Lc 19, 1-10)

Los publicanos eran odiosos no sólo para los buenos, sino para todo el pueblo, pues actuaban en nombre del imperio opresor y se aprovechaban, por lo general, de los pobres ciudadanos. En aquel tiempo, comer en público con alguien era signo de confraternizar con él, como si lo justificara en su conducta. Los publicanos eran odiados a los ojos de la religión y la política. Escándalo social, político y religioso.

Jesús no condena, pero consigue arrancarlos de la situación de pecado en que se hallan a los ojos de los piadosos de la Ley y de los intereses del pueblo. Pasa, ve a Leví y le dice: «Sígueme». Levi se levanta, deja el mostrador de impuestos y camina detrás de Jesús. Con una comida celebra su llamada y liberación. Zaqueo, por otra parte, expresa, con claridad y determinación, su conversión. Jesús no deja al pecador en el pecado, sino que lo libera para una vida nueva de justicia y santidad. Los dos relatos concluyen con una afirmación muy significativa. Jesús ha venido para buscar y salvar lo que estaba perdido, a los pecadores.

Y esta es también la misión de los discípulos de Jesús. La Iglesia no puede replegarse sobre ella misma. Su misión está en buscar y ofrecer la salvación a los descartados según cierta cultura religiosa, como sucedía en tiempos de Jesús. Para ello es preciso salir al encuentro de las personas y grupos, para ofrecer la gracia de la salvación y convocar a la conversión.

Veamos ahora cómo Jesús reacciona ante dos pecadoras, una pública y menospreciada por el buen anfitrión de Jesús y otra amenazada de ser apedreada por los buenos de la religión, que la habían llevado ante Jesús, que se encontraba enseñando en el Templo, el lugar sagrado.

> Un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: «Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora». Jesús respondió y le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». Él contestó: «Dímelo, Maestro». «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?». Respondió Simón y dijo: «Supongo que aquel a quien le perdonó más». Y él le dijo: «Has juzgado rectamente». Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco». Y a ella le dijo: «Han quedado perdonados tus pecados». Los demás convidados empezaron a decir entre ellos: «¿Quién es este, que hasta perdona pecados?». Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz». (Lc 7, 36-50)

> Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?». Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra». E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer en medio, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?». Ella contestó: «Ninguno, Señor». Jesús dijo: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más». (Jn 8, 2-11)

Jesús no empieza por disculpar a las mujeres, intentando calmar a los buenos y jueces de su tiempo. Las acoge y les ofrece una nueva oportunidad. Perdona y reenvía, para que inicien una vida nueva. Esto es lo realmente importante. A la pecadora pública que ha mostrado tanto amor, le dice ante su escandalizado anfitrión, el buen Simón: «Tu fe te ha salvado, vete en paz». A la adultera la despide con estas palabras: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más». Él no ha venido a juzgar, sino a salvar a los pecadores para de que no pequen más. Así se lo dijo también al tullido. «Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice: «Mira, has quedado sano; no peques más, no sea que te ocurra algo peor». (Jn 5, 14)

Jesús, en su trato con los pecadores, perdona y denuncia el pecado. Y a todos alertaba: el pecado tiene su raíz en el corazón. Fue crítico con ciertas tradiciones religiosas, pues se quedaban en el exterior, en el formalismo al que estamos tan dados en nuestras vidas. No juzguemos por el exterior.

> Entonces se acercaron a Jesús unos fariseos y escribas de Jerusalén y le preguntaron: «¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de nuestros mayores y no se lavan las manos antes de comer?». Él les respondió: «¿Por qué quebrantáis vosotros el mandato de Dios en nombre de vuestra tradición? Pues Dios dijo: "Honra al padre y a la madre" y "El que maldiga al padre o a la madre es reo de muerte". Pero vosotros decís: "Si uno dice al padre o a la madre: 'Los bienes con que podría ayudarte son ofrenda sagrada', ya no tiene que honrar a su padre o a su madre". Y así invalidáis el mandato de Dios en nombre de vuestra tradición. Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, diciendo: "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos"». Y, llamando a la gente, les dijo: «Escuchad y entended: no mancha al hombre lo que entra por la boca, sino lo que sale de la boca, eso es lo que mancha al hombre». Se

> acercaron los discípulos y le dijeron: «¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oírte?». Respondió él: «La planta que no haya plantado mi Padre celestial, será arrancada de raíz. Dejadlos, son ciegos, guías de ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo». Pedro le dijo: «Explícanos esta parábola». Él les dijo: «¿También vosotros seguís sin entender? ¿No comprendéis que todo lo que entra por la boca pasa al vientre y se expulsa en la letrina?, pero lo que sale de la boca brota del corazón; y esto es lo que hace impuro al hombre, porque del corazón salen pensamientos perversos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, difamaciones, blasfemias. Estas cosas son las que hacen impuro al hombre. Pero el comer sin lavarse las manos no hace impuro al hombre». (Mt 15, 1-20)

Jesús, por tanto, está contra el pecado, pero a favor de pecador. Perdona y da una nueva oportunidad, para que el pecador pueda integrarse en el pueblo de la alianza. Esta es la buena nueva del reino de Dios que todos estamos llamados a celebrar. En la carta a los romanos, san Pablo proclamaba cómo la justicia de Dios, expresada en el perdón y la reconciliación, alcanza a todos:

> Pero ahora, sin la ley se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los Profetas; justicia de Dios por la fe en Jesucristo para todos los que creen. Pues no hay distinción, ya que todos pecaron y están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención realizada en Cristo Jesús. Dios lo constituyó medio de propiciación mediante la fe en su sangre, para mostrar su justicia pasando por alto los pecados del pasado en el tiempo de la paciencia de Dios; actuó así para mostrar su justicia en este tiempo, a fin de manifestar que era justo y que justifica al que tiene fe en Jesús.
>
> Y ahora, ¿dónde está la gloria? Queda eliminada. ¿En virtud de qué ley? ¿De la ley de las obras? No, sino en virtud de la ley de la fe. Pues sostenemos que el hombre es justificado por la fe, sin obras de la Ley. ¿Acaso Dios lo es solo de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? También lo es de los gentiles, si es verdad que no hay más que un Dios, el cual justifica a los circuncisos en virtud de la fe y a los no circuncisos también por la fe. Entonces, ¿qué?, ¿privamos a la ley de su valor mediante la fe? De ningún modo. Más bien confirmamos la ley. (Rom 3, 21-31)

El apóstol enseña así cómo la gracia del perdón y de la reconciliación es la expresión de la justicia de Dios revelada en Jesucristo. Dios es justo cumpliendo su palabra. Él, en efecto, había dicho por boca del profeta: «¿Acaso quiero yo la muerte del malvado —oráculo del Señor Dios—, y no que se convierta de su conducta y viva?» (Ez 19, 23) «Por mi vida —oráculo del Señor Dios— que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta y viva.» (33, 11) En Jesús, el Padre cumplía así su palabra y nos mostraba el camino a seguir. Pablo, habiendo hecho la experiencia de ser amado y salvado, proclama: «No me avergüenzo del Evangelio, que es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree, primero del judío, y también del griego. Porque en él se revela la justicia de Dios de fe en fe, como está escrito: El justo por la fe vivirá.» (Rom 8, 16-17ss) En el Evangelio se revela la justicia de Dios. ¡Cómo nos equivocamos, por tanto, cuando presentamos a Dios como un juez implacable! Me decía el otro día una persona: «¿y desvelará Dios mis pecados ante todos el día del juicio?» La persona en cuestión estaba abrumada por la angustia y la vergüenza. La primera parte del evangelio según san Juan se cierra con estas palabras de Jesús:

> Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas. Al que oiga mis palabras y no las cumpla, yo no lo juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no acepta mis palabras tiene quien lo juzgue: la palabra que yo he pronunciado, esa lo juzgará en el último día. Porque yo no he hablado por cuenta mía; el Padre que me envió es quien me ha ordenado lo que he de decir y cómo he de hablar. Y sé que su mandato es vida eterna. Por tanto, lo que yo hablo, lo hablo como me ha encargado el Padre». (Jn 12, 46-50)

III.- LLAMADAS PARA NUESTRA VIDA Y MISIÓN.

Ante todo estamos llamados a vivir en la acción de gracias, pues todos hemos sido gratuitamente justificados por la gracia del Señor. Pablo se presentaba ante sus interlocutores como el primero de los pecadores perdonados y salvados por gracia.

> Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. (1Tim 1, 15-16)

Lo que somos, lo somos por gracia. Somos nuevas criaturas. Pero junto a la acción de gracias, conviene señalar unas llamadas más precisas, para avanzar en nuestra condición de discípulos y testigos de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. ¡No reduzcamos a Jesús al simple fundador de una religión como pudo ser Mahoma entre otros, por poner un ejemplo!

1.- Cultivar una conciencia clara y justa de pecado.

Con frecuencia me pregunto: ¿Tenemos los cristianos una conciencia clara y ajustada de pecado y del perdón divino? La conciencia de pecado no es lo mismo que los complejos de culpabilidad, de miedo o de un cierto narcisismo espiritual que ofuscan a algunas personas.

A veces nos pasa como a Pedro, al tomar conciencia de la grandeza y santidad del Señor, tenemos la tentación de pensar que no somos dignos de él. Es un engaño. No imitemos al pescador: «Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador». Y es que el estupor se había apoderado de él… Y Jesús dijo a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres». (Lc 5, 1-11) Jesús mira y recrea el corazón y su rectitud. No seamos jueces de nosotros mismos.

El que tiene una justa conciencia de pecado, no deja de volverse al Redentor, al Salvador. ¿Por qué existen las ideologías del miedo o del buenísimo? ¿No será el signo de que no hemos profundizado de forma conveniente en el verdadero conocimiento de Jesucristo y del pecado, en la fe? San Pablo, saliendo al paso de ciertos pietismos de su época, exhortaba a la comunidad de los colosenses con estas palabras:

> Por eso también nosotros, desde que nos enteramos, no dejamos de orar por vosotros y de pedir que consigáis un conocimiento perfecto de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual. De esa manera vuestra conducta será digna del Señor, agradándole en todo; fructificando en toda obra buena, y creciendo en el conocimiento de Dios, fortalecidos plenamente según el poder de su gloria para soportar todo con paciencia y magnanimidad, con alegría, dando gracias a Dios Padre, que os ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. ***Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino del Hijo de su Amor, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados***. (Col 1, 9-14)

Y más adelante, el apóstol alerta sobre la falsa piedad, cuya finalidad última no es otra que «cebar la carne», como ha traducido la Biblia del Episcopado español:

> Así pues, que nadie os juzgue sobre lo que coméis o bebéis, ni por fiestas, lunas nuevas o sábados. Eso era sombra de lo que tenía que venir; la realidad es Cristo. Que no os descalifique nadie que se recrea vanamente en cultos de ángeles, o se enfrasca en sus visiones, engreído sin razón por su mente carnal; en lugar de mantenerse unido a la cabeza, de la cual todo el cuerpo, a través de las junturas y tendones, recibe alimento y cohesión, y crece como Dios le hace crecer. Si habéis muerto con Cristo a los elementos del mundo, ¿por qué os sometéis a los dictados de los que viven según el mundo? A saber: «No tomes, no pruebes, no toques». Son cosas destinadas a gastarse con el uso, según prescripciones y enseñanzas humanas. ***Tienen apariencia de sabiduría por su afectada piedad, su humildad y la mortificación corporal; pero no tienen valor alguno: solo sirven para cebar la carne»***. (Col 2, 16-23)

El que está trabajado por la gracia ve la gravedad del pecado, pues resquebraja la relación propia del amor y la comunión; pero se entrega de manera incondicional al amor insondable del Padre. En ello radica la verdadera humildad y sabiduría.

2.- Luchar para formar las conciencias.

En el seno de la comunidad humana y eclesial, estamos llamados a luchar para formar las conciencias. Para ello es importante desenmascarar ciertas tendencias de la cultura actual, como ha sucedido en otros momentos de la historia de Dios con la humanidad.

Es preciso denunciar las corrientes culturales que sofocan el sentido del pecado, como lo es también contra las que cultivan oscuros complejos de culpabilidad. No confundamos «el pecado» con el trastorno síquico. Cierto, al enfermo y desequilibrado, hay que tratarlo como corresponde a su enfermedad. La salvación es para todos, pero no alcanza a todos de la misma manera. Cada persona está llamada a vivir ante Dios, cargando con su cruz. También el neurótico está llamado a la comunión con la fuente de la vida. Por la envidia entró la muerte en el mundo. No es lo mismo el delito según los tribunales del mundo y el pecado a los ojos de la fe apostólica.

Los «adolescentes adultos» (es una característica de nuestra sociedad) acusan a los demás de la injusticia y violencia, pero están lejos de reconocerse responsables ante Dios y los hombres. No suelen hablar de pecado; si lo hacen, culpan a la cultura actual. Las antropologías imperantes parecen ignorar el sentido de la responsabilidad y libertad personal. Quizás se habla del pecado social y no del pecado personal. Es la sociedad del anonimato. La persona, bajo la opresión del colectivismo o de las mayorías democráticas, queda reducida al individuo replegado sobre sí mismo.

Me permito insistir en este punto. El repliegue sobre uno mismo y la cultura ambiente, lleva al olvido de las leyes y exigencias provenientes de la Naturaleza, como ya señalasen los estoicos; y para nosotros los cristianos de la sabiduría y amor de Dios, creador del cielo y la tierra.

Los partidos políticos, los medios de comunicación, las fuerzas subterráneas de tipo humanista… etc., juegan un gran papel en su intento de imponer su modo de ver la historia, y de manipular las masas. Pensemos en la eutanasia, el aborto… etc., como aludía antes. Una cuestión es la verdadera liberación de la esclavitud del pecado, que el Hijo encarnado vino a traer al mundo; y otra muy diferente la pretendida liberación por sus propias fuerzas. El profeta Jeremías lo denunció ya en estos términos: «Esto dice el Señor: «Maldito quien confía en el hombre, y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor... Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza.» (Jer 17, 5.7)

La historia enseña que los sistemas revolucionarios sin Dios, conducen a nuevas formas de esclavitud. Recordémoslo, el pecado ***es fractura de la relación justa del hombre con el Dios personal de la fe, consigo mismo, con los demás y lo creado,*** como enseña la Biblia.

En efecto, el pecado del hombre no puede destruir a Dios, pero él, en su amor paterno, se siente afectado por nuestro rechazo, como un padre se ve afectado por el rechazo de sus hijos amados. Cuánto más sentimos el amor de Dios, más descubrimos la gravedad de nuestros pecados. Los verdaderos santos tienen una especial sensibilidad para captar la gravedad de sus pecados y la suerte del pecador. Han experimentado de modo especial ser fruto del amor divino. Por ello viven en una actitud de sincera y serena conversión.

3.- Oración y conversión del corazón.

Otro punto importante para nosotros es descubrir el sentido profundo de la conversión del creyente, esto es, el auténtico remedio para hacer frente a la fuerza del pecado, que busca poseernos.

No basta con dejar de hacer el mal. La conversión es volverse hacia el Señor, hacia su amor. De él nos viene la salvación y la remisión del pecado. Es necesario dejarse encontrar y recrear por él. El Señor sigue llamando a la puerta de la fe, pues quiere habitar en nuestro corazón.

Y esto es así tanto para el buen fariseo y maestro de la ley, que eran Nicodemo y Simón, como para los publicanos y pecadoras públicas. El Señor es quien puede purificarnos y renovar nuestro corazón, recrearnos en nuestra vocación a la libertad. Hoy podemos hacer nuestra la oración del orante bíblico. «Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme. No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu.» (Sal 51, 12-13) «Haznos volver a ti, Señor, y volveremos, renueva nuestros días como antaño.» (Lam 5, 21) Hagamos nuestra esta oración bíblica de la fe a la luz de las palabras del apóstol en su carta a los Romanos: Jesucristo «fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación». (Rom 4, 25)